
PREGÓN DE FIESTAS
1999

Coros y Danzas de Yecla.
Asociación Regional “Francisco Salzillo”.
FACYDE.

Se funda en 1942. su labor consiste en investigar, recopilar, conservar y representar el folklore local. Tiene una alta proyección internacional. Se integró en la Asociación Regional Francisco Salzillo y después a FACYDE. Es miembro de CIOFF, organismo dependiente de la UNESCO.

*Excmo. Señor Alcalde de Yecla y Corporación Municipal.
Señor Presidente de la Asociación de Mayordomos.
Escuadristas.
Seguidores de las Fiestas de la Virgen en este año de 1999.
Buenas noches.*

Como ya viene siendo tradicional, cuando faltan escasos días para que comiencen las Fiestas Mayores de Yecla, nuestras fiestas de la Virgen, se celebra el Pregón. Un acto cuya importancia ha ido creciendo con el paso de los años, y que ahora mismo, constituye la apertura del periodo prefestivo más importante de nuestro pueblo. Cada año hemos visto como en personas destacadas del ámbito de la cultura, de la música, de la medicina, ... ha recaído el honor de tener la primera palabra en nuestras fiestas, de anunciarnos que un gran acontecimiento se aproxima. Este año se presenta una novedad. No será una sola persona la que realizará este anuncio, sino que somos un colectivo, el Grupo de Coros y Danzas de Yecla, la asociación cultural más antigua de nuestra localidad, el que subirá al escenario de nuestro teatro para anunciarles tal evento.

En un principio nos pareció que iba a resultarnos imposible reali-

zar tal empresa, pero recapacitando pensamos que sí, que en otros hemos participado y en ésta, en nuestro pueblo no podía ser menos, más aún cuando la Asociación de Mayordomos, y, en particular, su presidente, Fulgencio Pérez, hacía que recayera en nosotros tan alta distinción, a la vez que nos depositaba plenamente su confianza.

Pero ¿qué es un pregón? ¿cómo van a realizarlo los Coros y Danzas? Se preguntarán ustedes. Cuando se habla de los temas que han abordado los pregones hasta ahora celebrados, nos acordamos de aquellos que han disertado sobre la figura de la Virgen María, ejemplo de Madre, pura e intercesora ante su Hijo; de la génesis de una fiesta ya centenaria; de los recuerdos que nos invaden cuando se aproximan estas fechas, de los rituales que conlleva, ... pero nosotros, el Grupo de Coros y Danzas de Yecla, no sabemos de teología. No somos historiadores. No observamos la evolución de la fiesta como yeclanos ausentes. Nosotros lo que sí sabemos es cuál es el alma de un pueblo, las tradiciones perdidas que se encierran en él; sabemos reproducirlo, recuperarlo y conservarlo para la posteridad, y observamos como van cambiando, perdiéndose, en muchos casos, las tradiciones forjadas en el seno de una colectividad. Y, sobre todo, cantar y bailar en y a Yecla como nadie lo ha sabido hacer. Por ello, a la hora de hacer un pregón queremos remitirnos al significado exacto de la palabra, es decir, publicar en voz alta, de manera elogiosa, y en un sitio público la celebración de una festividad, hacer que tal evento sea conocido por todos ustedes, a la vez que intentar incitarles a participar en ella.

Para la realización de esta tarea vamos a retroceder en el tiempo, vamos a sumergirnos en el seno de cualquier familia yeclana, porque es el mismo pueblo el que crea, acepta y representa una tradición. Porque una fiesta no es sólo aquello que el espectador ajeno consigue ver como si de un espectáculo se tratase. No. Una fiesta es algo más. Existen muchos pequeños acontecimientos que todo un pueblo lleva a cabo a la vez, porque la tradición, la enseñanza, la sabiduría que recibieron de sus antepasados así lo dejó grabado en su memoria. Cuántas familias que no participan de los actos festivos, preparan cada ocho de diciembre las pelotas, tienen la mistela junto a nuestras pastas más típicas, los libricos, en su mesa, gastan sus ahorros

para poder estrenar algo el día de la Virgen y acuden tal día a Misa Mayor para que Ella pueda contemplarlos,... Eso es una tradición, hechos que sin regirse por ningún tipo de reglamento, se van perpetuando en el alma de nuestro pueblo. De este tipo de pequeños, y, por qué no, grandes actos en el alma de un yeclano, nos vamos a servir esta noche. Ejemplos que irán argumentados por unos breves relatos que, estamos seguros, muchos de ustedes habrán vivido en sus casas, bien durante la infancia, bien durante la madurez. Ejemplos que nos irán conduciendo por un camino de sentimientos, de melancolía, de tristeza y alegría que parte desde los días en los que el pueblo se desvive por tener listos los preparativos de su fiesta, hasta llegar el día de la Bajada. Todo con el fin de que sintamos, seamos conscientes, de la hienencia de nuestros mayores. Una llama que debemos seguir alimentando para que siga viva, y nos ilumine los nuevos caminos de un futuro nada lejano.

Les invitamos, por tanto, a que vengan con nosotros, a que olviden que están esta noche en un teatro, a que vuelvan a su niñez, y, así, desde la inocencia, vuelvan a asomarse al balcón de un tiempo pasado. Observen, escuchen, recuerden,... recuerden la Yecla de ayer, cuando se aproximaba noviembre, un noviembre cualquiera en Yecla, cuando la gente tiene una actividad especial y existe más bullicio que de costumbre. Nos dirigimos a una casa antigua, grande, señorial. Al entrar nos recibe un antiguo espejo y a su lado un paragüero, a la derecha una empinada escalera con la barandilla de madera nos conduce a la parte de arriba, la vivienda, en la que se nota una cálida temperatura. Dejamos los abrigos y entramos en la siguiente sala, donde se encuentra un grupo de personas que trasladan diversos objetos de una sala contigua.

La abuela está sacando de la habitación unas telas de color azul y el abuelo le ayuda. Sobre una gran mesa redonda cubierta por una gruesa manta, tienden las telas. Éstas son de un color grisáceo, con un discreto fleco de color claro que cuelga en la parte de abajo. En el centro tienen bordada una eme, una gran eme con muchos adornos. La abuela las plancha y las deja tendidas sobre una cama.

Dentro de la habitación el abuelo sigue sacando cosas de un baúl.

Son pequeños frascos de madera de forma triangular. También extrae otras que parecen brillantes cantimploras. A continuación salen unas largas cuerdas de color rojizo con las puntas completamente desfilachadas. La abuela entra otra vez en la habitación y le ayudamos a sacar un nuevo baúl. Lo abre y lo primero que nos llama la atención es el olor que desprende; de él sale un aroma suave, dulce y ácido, a la vez que áspero. Una mezcla de naftalina y membrillos recogidos durante el último "veranico de San Miguel". Al quitar las telas que recubren el contenido, el aroma se hace más intenso e inunda toda la estancia. Acto seguido una chaqueta de color pardo sale del viejo baúl; le siguen unos pantalones, un extraño sombrero con bolas en las puntas y una estrecha tela azul. La abuela continúa sacando abrigos, chaquetas, pantalones y demás prendas y las va colgando en perchas de madera o extendiendo sobre las camas.

De allí nos desplazamos a la cocina, donde una vieja mujer vestida de negro, hace pequeñas figuras con una masa amarillenta que va adquiriendo diferentes formas: triángulos, cuadrados, estrellas; y va metiendo al horno. Me dice que son "mantecaos". Al exhalar el olor de esta masa, he sentido como en mi boca se iba acumulando saliva: ¡qué hambre entra!

El abuelo continúa su labor, y desempolvando viejos objetos llega el turno a unos pequeños arcabuces, tan pequeños que quizás medirán 50 ó 60 centímetros de largo. Los coge, nos explica que son de nuestros tíos, de cuando eran pequeños. Enseguida captan nuestra atención, y nos sentimos atraídos irresistiblemente por ellos. Mientras, el abuelo los limpia, los mira y los remira evocando recuerdos de juventud. Después dirige su mirada hacia nosotros y nos invita a cogerlos. Nosotros, sorprendidos, los cogemos y nuestra imaginación se pone en marcha.

Con los pequeños arcabuces en la mano, nos metemos a escondidas en la habitación donde está la ropa y abrimos los armarios. En uno de ellos encontramos unos diminutos trajes que parecen de príncipes. ¡Son trajes de paje! Dice uno de nosotros. Inmediatamente comenzamos a organizar nuestra particular procesión: las niñas pequeñas de paje. Tú coge la escoba y ese sombrero, eres el tío de las puchías. Tú ese bote de foyalata y tocas el

tambor. Él que coja el arcabuz y yo, yo voy a coger la otra escoba que está rota y le voy a atar el delantal de la abuela: soy el mayordomo de la bandera. Nuestra procesión comienza y todo se desarrolla normalmente.

De pronto todos quieren cambiar sus papeles y tras una breve discusión lo hacemos. Ahora yo llevo el arcabuz. Seguimos jugando hasta que no sé cómo, uno de los arcabuces, viene a parar contra la cabeza de una de las niñas que rápidamente empieza a llorar. Al instante aparecen los padres que descubren nuestro juego y buscan al culpable. La procesión se disuelve con rapidez y cada uno corre hacia un sitio diferente. Uno se esconde debajo de una manta, el otro se mete detrás de la puerta, otro debajo de la cama, y yo me meto debajo del sillón, que está al lado de la silla donde está sentado el abuelo.

Todos van siendo encontrados y castigados, sólo quedo yo. El abuelo me mira y se vuelve cómplice, como si volviera a su niñez. Quizás, el jugó igual que nosotros. Sus pequeños ojos se vuelven brillantes y me mira fijamente, su semblante deja esbozar una ligera sonrisa en sus labios. Mientras los demás siguen buscando, él se enciende un cigarro y se toma un vaso de vino. De vez en cuando me mira y ríe.

Las cosas se han tranquilizado. Ya es tarde. Nos llaman a todos y nos ponen los gruesos abrigos de paño, las gorras y las bufandas. Fuera parece que va a nevar. Nos despedimos de los abuelos y nos marchamos escaleras abajo.

Nunca olvidaremos el olor de aquella habitación, el sabor de aquellos mantecados y, sobre todo, la mirada del abuelo.

Auroros

Madrugada del siete de diciembre. No puedo dormir.

Aún recuerdo aquella melodía cansina, aquellos hombres vestidos con sus abrigos y sus pardas bufandas, morenos y con la piel curtida por el sol y el frío del duro trabajo del campo.

Con la llegada de los tiempos modernos, habían caído en lo más profundo del pozo de mis recuerdos, nunca había podido imaginar que estos pensamientos volvieran a aflorar a mi mente. Aquel día cogí un viejo libro que mi padre me había regalado años atrás, en el lomo se podía leer vagamente "Azorín", lo abrí por una página cualquiera y leí:

"Primero se percibía a lo lejos un murmullo, como un moscardoneo, acompañado por el titinear de la campanilla, luego las voces se oían más claras, después cerca, bajo los balcones, estalaba el coro suplicante, lloroso, trémulo:..."

De repente levanté la cabeza de aquel libro, la lectura de este fragmento me había resultado tan real que me parecía oír bajo el balcón de mi vieja casa aquellos hombres, por un momento dudé, pero aquello me pareció una descabellada idea que deseché rápidamente. Volví a fijar la vista en aquel texto y continué leyendo:

"... cantaban enardecidos. Y yo oía emocionado esta música torturante, de una tristeza bárbara, obra de un místico loco.

La oía por un momento, allí abajo, y luego, poco a poco se alejaba hasta apagarse tenue con un lamento imperceptible."

Al finalizar aquella lectura me quedé sentado en el sillón, con la mirada fija en los muebles llenos de libros de aquella estancia, y el cuadro, aquel cuadro que mostraba como era la plaza del mercado, con las casas de fachadas encaladas o pintadas de azulete y al fondo la Iglesia Vieja. Mi casa, era de las pocas que quedaban en pie de las que había pintadas en el cuadro del anónimo autor, aquel que plasmó sobre aquella tabla la imagen de esta calle.

Toda la tarde había estado allí. Abajo en la plaza se oía a la gente, a la música; el paso de las bandas era incesante y aquella incongruente

y repetitiva narración por la megafonía me resultaba cargante y casi, casi odiosa. Lo reconozco, los años no han pasado sin dejar su huella, y quizás yo me he vuelto un viejo gruñón, esperaba la llegada de mis nietos al día siguiente y eso me tenía nervioso.

Llegada la noche todo quedó inmerso en la tranquilidad, en la calle no quedaba nadie y el silencio lo inundaba todo. La gente, que por la tarde creaba ese atronador bullicio, descansaba afuera plácidamente a la espera de la alborada.

Continué en mis pensamientos y comencé a recordar la primera vez que había visto y oído a aquellos hombres. Había sido en casa de mi abuelo, en el comedor de la parte trasera de la casa. Allí mi abuela junto con su hermana y con la ayuda de mi madre y mis tías habían montado un altar. Sobre éste, cubierto con un immaculado paño blanco, había dos grandes jarrones con flores y, creo recordar, un candelabro con cinco velas. Habían puesto sillas alrededor de todo el comedor. Todos los vecinos vendrían a casa, aquello era un gran acontecimiento. A los pequeños nos recogieron en una habitación contigua e intentaron explicarnos que era aquello, yo no comprendía nada, de la misma forma intentaron que comprendiéramos la seriedad del momento. No lo consiguieron.

Después de esperar casi una hora, comenzamos a oír la campanilla, se oía a lo lejos y poco a poco el volumen fue aumentando. Mi madre nos hizo callar y nosotros nos escondimos, agachados, detrás de los sillones. El sonido se hizo mucho más intenso y al entrar la campana en la escalera, nos asustamos. Entraron con un gran farol y el cuadro, en el cuadro había una imagen de la Virgen y muchos angelitos que la rodeaban. Cuando aquellos hombres comenzaron a cantar, nosotros no pudimos aguantar y la risa nos venció, recuerdo que nos tapábamos la boca unos a otros.

El siguiente recuerdo que tengo de estos hombres es ya en el santuario del Castillo. Allí subían siempre el día de la bajada, para la misa de alba y el día de la subida. El día de la bajada pasaban muy temprano por las casas de los cofrades y tocaban en las puertas, con aquel "Ave María

“Purísima”, aquello producía pavor y las letras de aquellos cantos, en momentos resultaban realmente aterradoras. En cuantas ocasiones no me fiabré escondido yo bajo las mantas de la cama al oírlos.

Emprendían su subida cuando aún no había comenzado la fiesta para los demás yeclanos, cuando el frío resultaba más intenso y cuando aún no había roto el alba. Sus rezos y cantos se iban oyendo camino arriba hasta perderse. Muchas veces coincidía el dejar de oír estos cantos con el inicio del bullicio en el pueblo. Una vez en el santuario cantaban en la misa, con la imagen de la Virgen a los pies del altar. Muchas veces coincidía el dejar de oír estos cantos con el inicio del bullicio en el puñarlos una sola vez.

Ahora supongo que siguen subiendo, pero yo ya no los veo. La última vez que llegué al santuario el día de la subida ya eran muy pocos y además estaban muy mayores, y lo más grave, allí no se les tenía ningún respeto, la gente prácticamente no les dejaba cantar. -Creo que me he vuelto a poner nervioso.

La noche está muy avanzada y decido seguir allí sentado, dando de vez en cuando una cabezada y pensando y soñando con aquellas melodías que a mí me parecían ahora, el reflejo más puro del singular carácter yeclano.

Son cerca de las seis de la mañana y acabo de dar otra cabezada, parece que tengo frío y creo que me voy a la cama. Abajo, en el atrio de la Iglesia ya se oye, otro año más, la alborada.

Comienzo a apagar todas las luces y el ruido de los disparos va cesando. De repente oigo un coche que para en la puerta, son mis nietos que llegan de viaje, vuelven aquí estos días para verme. Hablamos un poco pero están cansados y se acuestan.

La noche es oscura y la densa niebla empieza a cubrir toda la calle. De pronto vuelve a llegar a mi oído aquella vieja melodía, el tintinear de la campana que describía Azorín. Me asomo detrás de los cristales del

balcón. Veo entre la niebla la luz de un farol y unas sombras que me resultan familiares. Son aquellos viejos hombres envueltos en sus capotes. Llegan hasta la puerta de la casa y llaman:

“Ave María Purísima”

No sé si es un sueño o es la realidad, pero no dudo un instante, busco mis guantes y mi bufanda, despierto a mi nieto pequeño, lo abrigo con su gorro de lana y un pequeño capote que aún conservo de cuando yo era niño, y nos encaminamos con aquellas fantasmales sombras hacia el santuario del Castillo, a Misa de Alba.

La Alborada

Muchos recuerdos se agolpan en mi memoria. Recuerdos que la distancia y el paso del tiempo no han conseguido borrar. Son frases y consejos de mi abuela, actividades del hogar en fechas señaladas, olores, sabores y sentimientos. Todos ellos se acumulan hoy, seis de diciembre, cuando la tarde cede paso a la noche, cuando las sombras invaden cada uno de los rincones de esta habitación. Entonces afloran en mí y me hacen rememorar los añorados tiempos lejanos. Entre todos existe uno en particular: había dejado de escuchar el redoble del tambor por las calles, que iba invitando a participar en las festividades que se aproximaban. Tras él, la oscuridad y el frío impregnaban a la vieja ciudad, mi ciudad, y a cada uno de sus habitantes.

Teníamos que dejar listos los preparativos para el día siguiente, ya que había que subir al Castillo. A pesar de esto, en mi casa se realizaba la primera salida que inauguraba las fiestas, durante la “alborada”. Cuando el día da sus primeros pasos y nos anuncia que la gran fiesta está muy cerca.

Casi todos mis familiares solían reunirse, a las cinco de la madrugada, en la puerta de mi casa para ir al atrio a lanzar los primeros disparos y desayunar las sabrosas gachasmigas que hacía mi abuelo. Parece que me llega en estos instantes el olor del aceite caliente y los ajos fritos. Pero, algunos quedábamos durmiendo en casa, con mi madre, por ser demasiado pequeños. Era una noche especial, diferente. Aunque nos acostábamos pronto, el sueño era interrumpido en la madrugada por algún disparo. Algunos venían del callejón, de bajo de los balcones, donde, debido a la estrechez de la calle, solían retumbar los cristales de las ventanas. Esto podía llegar a asustar en determinadas ocasiones, incluso alguna que otra vez se despertaba llorando mi hermano/a pequeño/a. mi madre se levantaba y, para tranquilizarla/o, le cantaba una canción, una nana que en otros tiempos oyó mi abuela. Yo la escuchaba en la habitación contigua y también surtía en mí efecto. Tenía una musicalidad especial, mágica diría yo, y decía en sus letras cosas tiernas y dulces, que me emocionan ahora al recordarla.

Los disparos seguían produciéndose durante casi toda la noche. Unos se oían cercanos, pero entre los intervalos de uno y otro, se percibían a lo lejos unos zumbidos, que no eran otra cosa que disparos provenientes de parajes lejanos. Así iba transcurriendo la noche, hasta que las primeras luces del día entraban por las rendijas de la persiana. Pasaba la noche en una especie de duermevela; no sabía si había soñado o era realidad todo lo por mí escuchado. Sin embargo, empezaba ahora otra mágica sensación. Faltaba poco tiempo para levantarme, y, desde la cama, tapado hasta los ojos con las mantas, oía un sonido extraño, casi una música. Eran cientos de disparos. A veces se producían a la vez, luego dejaban espacios de tiempo entre uno y otro. Todo ello iba formando una especie de melodía encantadora surgida de las entrañas del cerro que pronto había que subir. Una melodía que ahora añoro tanto, tanto como aquella nana con la que mi madre calmaba a los pequeños. Siempre me he preguntado ¿quién no la ha sentido alguna vez?

La Coronación

“En la historia de Yecla, habrá que señalar con caracteres distinguidos una fecha gloriosa. 24 de mayo de 1954. en ese día examinados detenidamente todos los pros y los contras, la Junta Permanente cree que es posible y conveniente coronar a la Reina de Yecla en este Año Mariano. Y ese acuerdo es confirmado unánimemente por el pleno, es decir, por el pueblo, en la tarde del 31 del mismo mes. ¡Yecla coronará a su patrona el día 7 de diciembre, víspera de la Inmaculada!”. Así decía “Arabi, Revista Yeclana” en su número 4 con fecha 30 de junio de 1954.

Sin duda este episodio puede parecer un paréntesis en nuestro pregón, pero las tradiciones se perpetúan y se enriquecen a raíz de cosas pequeñas que aparentemente pasan desapercibidas, y de aquellos acontecimientos que se escriben con letra mayúscula en la historia de un pueblo.

Recordemos, por tanto, la Yecla de 1954, cuando aún no había sido posible desterrar totalmente el hambre de nuestra tierra y la mayoría de las casas tenían grandes portones y sus fachadas pintadas de azulete. Las calles estaban sin asfaltar y a los pocos coches que había no se les permitía circular a más de 12 kilómetros por hora. Muchas mujeres seguían haciendo su colada en el último fuerto. El alumbrado público era bastante deficiente y aún perduraba en esta época la figura del vigilante. El tren de vía estrecha, “el Chicharra”, hacía un gran servicio a Yecla.

Para viajar a la Yecla del año 54 podríamos hablar de muchos y diferentes temas económicos, políticos, incluso sociales; pero, siempre, desde el punto de vista de un pueblo que, sin importar la clase social, participó activamente en el gran acontecimiento dedicado a su Virgen, sí, a su Virgen del Castillo. Ella logró que la voz de un pueblo se alzara en el más bello canto, expresión de unidad y amor.

Entre los aspectos culturales, podemos destacar el intento de res-

tauración de la Iglesia Vieja y la publicación de “Mirando al Cielo” de Macedonio Jiménez y “Con la muerte al hombro” de José Luis Castillo-Puche. Éste último merece mención especial. La novela de Castillo-Puche crea en Yecla pasiones muy enfrentadas, unos lo apoyan y otros lo degradan hasta límites insospechados, pero sin duda esta novela logra que la tertulia literaria se ponga de moda en diferentes lugares de nuestra ciudad.

Con todo esto, una vez asumida la Coronación de la Virgen, el pueblo toma conciencia de la importancia de este acto, no sólo religiosa y espiritualmente sino de su importancia social. Pero uno de los temas que más preocupan en Yecla, es el “presentarse en sociedad” a los pueblos de España. En un artículo de la época podemos leer: “Va a asomarse al balcón de su fachada exterior y es menester no sólo vestirse adecuadamente —y con riquezas, si se tienen—, sino también airear los ricos jubones escondidos de años en el arca del cariño para que quede memoria de su fidalguía y buen gusto”.

Demostable es que el pueblo yeclano fue capaz de eso y más. Se forman comisiones de yeclanos en distintas ciudades españolas: la de Valencia consiguió que la Sección de Transmisiones del ejército trajera entre mil y mil quinientas palomas para ser soltadas en el momento de la coronación, así como la mesa del altar, la colonia ilicitana donó dos lámparas para el altar mayor, la colonia alicantina regaló un estandarte. Además todas ellas enviaron una gran cantidad de dinero para la organización de los actos.

Mientras tanto en Yecla se crearon otras tantas. Una para el hospedaje de los yeclanos que vinieron durante la Coronación, otra para conseguir los pertinentes permisos para religiosas y religiosos yeclanos, otras para arreglar las distintas calles de nuestro pueblo. Y por supuesto la mayoría de las familias yeclanas, participaron en los donativos ofrecidos para la organización de los distintos actos y la realización de la corona. Fueron donativos la mayoría de entre 500 y 4000 pesetas, donativos de familias ricas y de familias humildes, donativos de empresas, entidades e incluso de la diputación provincial, que costeó la realización del manto de la Virgen y del Alcalde de Murcia, que corrió con el gasto de todas las flores utilizadas.

Las comisiones organizadas para arreglar las calles, son quizás las que con más cariño recuerdan los yeclanos. En ninguna casa, en ningún balcón, faltaban las colgaduras, se iluminaron las calles con las luces de las casas de los vecinos, se hicieron arcos que cruzaban de una acera a otra y se pintaron cuadros para colgarlos en las calles. Todo se convirtió en una explosión de alegría, de colorido, de vivir una fiesta.

Ha llegado el mes de noviembre, la corona ya está en Yecla. Para el 28 de noviembre, recordemos, día de la bajada del año 54, todo el pueblo está engalanado, las calles limpias y adornadas, las casas recién pintadas, y la gente, contenta y en la calle, acompaña a su patrona. Incluso la Iglesia Nueva se arregla, Muñoz Barberán ha terminado las pinturas de la bóveda y Pedro Ortega la talla de los capiteles.

Este año los mayordomos son D. Vicente y D. Antonio Albert Muñoz, mayordomos del bastón y de la bandera respectivamente. Una cosa llama la atención en el pueblo, una prenda en el traje de tiraor; el fajín azul, se ha recuperado, y se convierte en prenda reglamentaria del uniforme.

Llega el ansiado día 7, toda la noche anterior se ha estado arreglando el altar que se instala en el jardín, se han colocado las sillas de las autoridades y se engalana la calle San Francisco. Desde muy temprano las calles principales están repletas de yeclanos hasta donde se pierde la vista.

El día más glorioso en la historia de nuestra fiesta fue, sin duda, el 7 de diciembre de 1954, cuando por decisión de Pío XII, la imagen de la Virgen del Castillo fue coronada canónicamente por el Obispo Ramón Sanahuja Marcé.

“Yecla entera sabe que el mejor tesoro que posee es esta expresión de amor a María, que se manifiesta cada diciembre desde mediados del siglo XVII y que se renueva todos los sábados, a partir de 1870, con el rezo de la Felicitación Sabatina”.

Durante las fiestas del año 54, el pueblo acompañó a la Virgen

por todas las calles y barrios de Yecla. La gente se arreglaba todos los días, ese año todos los días fueron el día de la Virgen.

“Ha pasado el año 1954. Año de la Coronación. Ha pasado el año de nuestras más puras alegrías. Han pasado las fechas del gozo sublime de ver a nuestra Virgen del Castillo coronada. Pero no la dejaremos languidecer en el recuerdo. Aquellos fervores arrebatadores los llevamos dentro. Ahora seguirá la Coronación; y no todos los años, sino todos los días. Porque día a día, cada yeclano ha de añadir la perla de su vida a las piedras preciosas de la corona de su Virgen...”

Las Comidas

Como vamos comprobando, existe un factor muy importante en nuestra fiesta: el olor. En estas fechas se confunden en el ambiente multitud de olores característicos de nuestro pueblo. Junto a la pólvora que se respira en la calle, están los olores del hogar, los que se perciben en nuestras casas. El olor del aceite y ajo de las gachasmigas que nos renuevan las fuerzas para continuar los preparativos festivos, pero también el de aquellas comidas que son plenos rituales de los días mayores de la fiesta: gazpachos en el día de la subida, y pelotas el día de la Virgen.

Pero detengámonos en estas últimas, elaboradas por nuestras madres en el día, precisamente, dedicado a ellas en Yecla. Una tradición peculiar que puede ir perdiéndose con el paso del tiempo.

En esta ocasión nos fijaremos en una mujer yeclana. Una madre y abuela, que a pesar del paso de los años, conserva las ganas e ilusión de su juventud, y recuerda que no pudo conocer a su madre, ya que perdió la vida al traerla al mundo. Ella adoraba el sentimiento de una madre hacia sus hijos, por eso intentó durante muchos años dar a los suyos lo que ella no había tenido.

Enseguida aparta los pensamientos melancólicos y entristecedores, y se acuerda que hoy tiene un cometido especial. Es el día de la Virgen y tiene que preparar el plato más importante del año: las pelotas. Motivo que logra reunir en su casa a hijos y nietos. Todos van llegando al hogar, incluso los que no viven en Yecla. El reencuentro de hermanos y sobrinos durante tan señaladas fechas, es algo que la emociona, y le servirá para mantener viva, un año más, una tradición. Además de convertirse en una excusa el hecho de degustar una comida de verdad, como las de antes.

Ya en la cocina, prepara cuidadosamente todos los ingredientes, que desprenden un olor atrayente: una mezcla de magro, huevos, pan rallado, perejil y especias, que crea una inusual atmósfera. Después, el ingrediente casi mágico, la sangre, que escandalizaba a los nietos más pequeños, como antes había ocurrido con sus hijos. La abuela echa sangre a la masa que está formando, con la que adquirirá un color especial. Una vez está todo bien sobado y mezclado por esas manos expertas, se forma una gran bola olorosa, que la abuela remata marcándole una cruz. Más tarde, forma pelotas del tamaño de sus manos y las va cociendo en el caldo del cocido. La abuela osea a los curiosos de la cocina, como si de moscas se tratase, y deja cocer con un característico burbujeo la olla. Un aroma especial, indescriptible, va invadiendo toda la casa, es un aroma caliente, con toques, un tanto exóticos, de especias: en suma, es un verdadero reclamo al apetito de los sentados alrededor de la mesa.

En un descuido la abuela hace un extraño gesto al abuelo, que se levanta silencioso y se dirige a la cocina. Al abrir la puerta y respirar, ha notado cómo su estómago le avisa que el tiempo de cocción es suficiente. Protege sus manos con un paño y saca la gran olla de porcelana, únicamente utilizada en aquellas ocasiones en las que se reúne toda la familia. El recipiente es colocado en el centro de la mesa, sobre una alfombrilla de esparto, y al momento comienza el reparto, casi jerárquico, de la comida. Le siguen unos minutos de silencio, que se interrumpen para felicitar a la cocinera. La abuela despliega, entonces, una amplia sonrisa que le recompensa con creces el ajetreo de la mañana.

Una vez finalizada la comida se recogen los platos y cubiertos, y

se vuelve a llenar la mesa; esta vez con bandejas de pastas, como mantecados de aceite y libricos.

¶ Pero ésta no ha sido una comida cualquiera, no es un día cualquiera, es el día en el que las verdaderas protagonistas son nuestras madres y abuelas, y en general, el amor que une a nuestras familias. Ese es el gran día en el que una madre logra tener reunidos a sus hijos, una madre que quiere que reine el amor durante el día más especial que conoce: el día de la Madre, porque es otra Madre, nuestra Virgen del Castillo, la que mantiene y perpetúa las reuniones familiares cada año, alrededor de su imagen terrenal más humana: una madre.

Preparación de la Mayordomía

¶ Durante las fiestas de la Virgen, los yeclanos viven la fiesta de muy diferentes maneras, y cada uno experimenta un tipo de sensaciones o emociones que cada año parecen ser diferentes. Sin embargo, son varias personas las que las sienten de forma distinta: los mayordomos. Pero, vamos a pensar por un momento en otro tiempo, cuando ser mayordomo era realmente algo extraordinario, sobre todo por las condiciones sociales que rodeaban el acontecimiento. Pensamos en una Yecla agrícola, donde cualquier pequeño exceso suponía tantos sacrificios, personales y económicos; cuando los preparativos debían comenzar con tanta antelación ante la falta de recursos. Pensaremos en un mayordomo, que bien pudiera haber sido cualquiera de ustedes. Un hombre que tras el sorteo de insignias, comprueba que va a poder realizar la promesa que, por haber curado de una enfermedad, había ofrecido a la Virgen: ser mayordomo. Sabe que el año que se aproxima será él quien lleve la insignia, el que intentará dar hasta sus últimas fuerzas a la Virgen, a su Virgen.

¶ Pero, después de conocer la noticia, sabe, igualmente, el trabajo que le espera. Su historia no es la común en aquellos años. Él no está casado y sus padres deberán ayudarle en el empeño. Algo que no les preocupa,

porque ellos habían sido antes mayordomos, y la ilusión que observan en el hijo, les hace recordar la que ellos tuvieron en su momento, a la vez que se alegran al pensar que la tradición sigue arraigada en la familia. Y ¿quién será el paje? Las miradas se dirigen a un niño de unos seis o siete años, de ojos claros y pelo moreno, que se entretiene con el juguete que una tía le trajo de Alicante. Es el hermano pequeño. Él acompañará a su hermano, se embarcará con él en tan importante empresa. Ambos serán los protagonistas de una fiesta muy antigua. Recuerdan que su abuelo ya hablaba de ella.

La preparación de la mayordomía les ocupará todo el año. Nada más finalizar las fiestas ya empiezan los viajes, la exposición de ideas, los arreglos en la casa, ... Nuestro mayordomo comienza por su preparación física. Mientras, su madre va a Alicante y Valencia, donde se reciben paños y terciopelos difíciles de encontrar en el pueblo. Elegidas las telas, acude con el niño a una modista para idear el modelo de los trajes. Lo único seguro que sabe, es que son tres.

Los días, las semanas y los meses se suceden con gran rapidez. No creen que sea el otoño el que se despide. Ya no se ven las hojas de los árboles, y el frío y el viento dan buena cuenta de que es invierno y diciembre se aproxima.

Los preparativos van ultimándose. Los trajes de paje están casi terminados. Aparecen ya adornados con bordados dorados y la mejor pedrería que han encontrado. Los sombreros y zapatos ya se han recibido. Pasan a probarlos en el niño que los lucirá. Se resiste. Le resultan incómodos los zapatos, los guantes tan finos le sorprenden, no aguanta llevar un sombrero tanto tiempo. Pero cuando se descubre ante el espejo, sonríe. Se ve como uno de esos príncipes de los cuentos, y se lanza a los brazos de su madre con alegría.

Las vecinas también han colaborado lo suyo. Durante una semana han estado amasando y llevando al horno mantecados de aceite, almendrados, sequillos y otras pastas que luego se repartirán en la colación. Todo está terminado. Así llega el día cinco de diciembre. A la 1 del medio-

día, colocan en la fachada las colgaduras bordadas por unas primas, y por la noche se respira nerviosismo en la casa. Nuestro mayordomo apenas duerme. Al otro día es el paseo, será su primera aparición, su primer ensayo antes de subir al Castillo. El niño también se acuesta, y desde la cama mira constantemente el traje que llevará al día siguiente, y recorre con detalle cada uno de los objetos que lo componen, sobre todo el pequeño sable. Por su cabeza van pasando muchas fantasías, hasta que sus pequeños ojos, como dos estremitas en la oscuridad de la habitación, se cierran por el cansancio. Mañana empieza su fiesta.

La Bajada

Yecla, 7 de diciembre. Día de la Bajada. Desde la cama se oye un murmullo en el pasillo. La abuela y mi madre ya se han levantado y están preparando la casa, hoy nos visitará mucha familia. Entre todo ese murmullo y desde dentro de la cama, oigo el redoble del tambor. Corro descalzo hacia el balcón y me asomo detrás de los cristales. Es una mañana luminosa pero el frío es intenso, los tejados de las casas vecinas tienen una fina capa de hielo y de sus chimeneas sale un espeso humo gris que forma mágicas figuras hasta desaparecer en el infinito.

Cada vez se escucha más fuerte, miro al fondo de la calle y veo como se acerca la comitiva; desde esta distancia no se ven más que unas negras siluetas y una pequeña sombra roja. Debe ser el paje. Conforme se van aproximando, empiezo a distinguir a la gente. En ese momento llega el abuelo para asomarse y algunos de los que integran el grupo lo ven detrás de las ventanas y lo saludan.

Empezamos a tomar el desayuno y oímos, de pronto, un disparo. Hacía mucho rato que no se escuchaba ninguno. Es como una traca continua escuchada a lo lejos. Por la ventana se ve el cerro del Castillo cubierto por una especie de niebla o humo. Parece que está ardiendo, pero ardiendo

sin llamas, ardiendo por dentro. La abuela enciende la radio para oír todas las incidencias contadas por un simpático locutor que se emociona continuamente durante su narración. Los yeclanos que residen en los pueblos de alrededor y hoy no se han podido desplazar, también lo escuchan. Los pueblos de alrededor y hoy no se han podido desplazar, también lo escuchan. El rato que no se escuchaba ninguno. Es como una traca continua escuchada

Durante toda la mañana seguimos la radio, nos enteramos cuando sale la Virgen. Observo a la abuela y veo cómo se le llenan los ojos de lágrimas al sentir la emoción del momento, el recuerdo de su familia, y los años y fiestas ya pasadas.

A las doce estamos todos arreglados y salimos hacia la plaza, esa vieja plaza de suelo de piedra y negras farolas, enmarcada entre casas con arcos y la torre del reloj. Allí esperamos a la Virgen. El olor de la pólvora es intenso y el humo inunda todas las calles que nos llevan al Ayuntamiento. Conforme nos acercamos, el ruido se hace más fuerte, casi insoportable. El abuelo me coge y nos ponemos en primera fila. La gente, se agolpa hasta la puerta misma de la Iglesia Vieja. El abuelo habla a gritos y yo apenas logro oírle. Me cuenta cosas de cuando él era niño y su madre lo llevaba al mismo sitio, y le explicaba, igual que él a mi ahora, el origen de esta antigua tradición.

Por la Iglesia Vieja vemos asomar a la Virgen que pronto empieza a descender hacia la plaza. Cuando va aproximándose a la puerta del Ayuntamiento, los vivas, los disparos de los arcabuces, los cohetes y el bullicio de la gente se mezclan y se percibe un ambiente de gran emoción. Vuelven a la Virgen hacia las puertas abiertas del Ayuntamiento y parece que nos mira, los abuelos, con ojos vidriosos, musitan algunas frases que leo en sus labios: no se si te veré otro año más, dame fuerza y salud para que pueda venir a verte Virgencica, a la vez que rezan por los familiares difuntos.

Cuando la Patrona enfila la calle que la llevará a la Iglesia, mi abuelo me vuelve a coger la mano y nos despedimos de los demás que se marchan a casa. Bajamos corriendo por un callejón hasta la Iglesia. Allí reina un extraño y tenso silencio, roto solamente por algunos disparos que

suenan aislados. Entramos en la Basílica y nos colocamos cerca de la puerta, con el altar a la izquierda. De repente, por encima de las cabezas de la gente que se amontona delante, vemos pasar las puchias y la bandera. El abuelo me sube de pie en un banco.

Todo está en silencio, la gente espera inquieta, hay tensión en el ambiente, sin embargo, en un instante, todo se llena de ruido, el sonido de los disparos se hace intenso, la Iglesia se llena de fumo y el olor a pólvora lo impregna todo. Por fin vemos aparecer la bandera frente a la puerta, seguida de cerca por la Virgen. El abuelo se emociona; miro las caras que tengo alrededor, están como en éxtasis; los ojos se llenan de lágrimas y de las gargantas sólo salen vivas que resultan inaudibles por el ruido de los disparos. Cientos de gargantas cantan al unísono, las campanas repican, el órgano interpreta el himno, el ruido de los disparos y el olor a pólvora. El abuelo rompe a llorar; yo me abrazo a él y dejo que me transmita su emoción.

La Virgen está en Yecla. Y las sabias palabras y viejas historias que nuestros padres y abuelos nos transmitieron hacen que una parte de ellos sigan viviendo en nosotros, que la tradición continúe. Una labor que nos corresponde tanto a nosotros como a ustedes mantener. Que el cariño, las ilusiones, el amor y la unión de hombres y mujeres alrededor de su patrona sigan identificando el alma de un pueblo. De nuestro pueblo. Yecla.